

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA *(Domingo de la Divina Misericordia)*

La Pascua es un tiempo de resurrección, pero quienes estamos afectados por la adicción de otra persona sabemos que la nueva vida rara vez comienza con sentimientos de alivio o resolución. Mas bien, muchas veces comienza con temor, confusión y la dolorosa conciencia de que no podemos arreglar lo que está roto. Muchos de nosotros pasamos años intentando manejar, controlar o rescatar a alguien a quien amamos. Puede que creyéramos que, simplemente si nos esforzábamos más, decíamos lo correcto o manteníamos todo unido, las cosas cambiarían. Incluso después de comenzar nuestra propia recuperación, puede ser que aún llevemos dentro de nosotros una pregunta que mantenemos en silencio: ¿puede la misericordia alcanzar realmente esa situación? El Domingo de la Divina Misericordia responde a esa duda por medio de la presencia del Cristo Resucitado.

El Evangelio de este domingo nos transporta a una sala cerrada donde los discípulos están reunidos sintiendo miedo después de la crucifixión. Jesús no se espera a que ellos tengan claridad o confianza. Él llega a ellos tal como se encuentran y da paz a su incertidumbre (Juan 20:19-23):

Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo.” Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados.”

La paz que Jesús da no depende de circunstancias cambiantes. Los discípulos siguen viviendo en un mundo peligroso e incierto, pero Cristo se encuentra con ellos en medio de esas circunstancias. Muchos de nosotros anhelamos una paz que proviene del cambio externo: la sobriedad de un ser querido, la confianza restaurada o la estabilidad en el hogar. Aunque esos son deseos buenos y significativos, la recuperación nos enseña que la paz comienza dentro de nosotros mismos. Empieza cuando dejamos de intentar

controlar lo que no podemos y permitimos que Dios se encuentre con nosotros en donde estamos.

Las heridas que Jesús muestra no se ocultan ni se borran. Se transforman. En nuestras propias vidas, las heridas causadas por la adicción de otra persona pueden incluir la confianza rota, el desgaste emocional o largos periodos de incertidumbre. Estas heridas son reales y merecen ser reconocidas. La recuperación no nos pide que finjamos que no existen. En cambio, nos invita a sacarlas a la luz, donde Dios puede empezar a transformarlas.

El Primer Paso nos ayuda a aceptar nuestra impotencia ante las decisiones de otra persona. Al principio, esto puede parecer como una pérdida, pero es también el comienzo de la libertad. Cuando soltamos la ilusión de controlar, hacemos espacio para que la Gracia de Dios entre. Empezamos a centrarnos en nuestra propia sanación, en nuestra relación con Dios y en nuestras propias decisiones cotidianas.

El mensaje de la Divina Misericordia nos recuerda que el Amor de Dios no está limitado por lo complejo de nuestra situación. A través de la simple oración “Jesús, en Ti confío”, se nos invita a poner a nuestros seres queridos, nuestros temores y nuestro futuro al cuidado de Dios. Esta confianza suele crecer lentamente. Podemos encontrarnos volviendo a ella una y otra vez, especialmente cuando la ansiedad aumenta o viejos patrones afloran nuevamente.

Al igual que el apóstol Tomás, puede ser que tengamos dificultad para creer sin ver cambios. Es posible que pidamos pruebas de que las cosas mejorarán. Sin embargo, Jesús se encuentra con Tomás en medio de su duda y le llama a acercarse a Él. De la misma manera, Dios se encuentra con nosotros en nuestra incertidumbre. Para empezar este acercamiento, no necesitamos una fe perfecta. Solo necesitamos disposición

La recuperación también nos muestra que nuestra experiencia puede beneficiar a los demás. A medida que crecemos en serenidad

y honestidad, nos convertimos en una fuente de motivación para quienes recorren un camino semejante. Aprendemos a compartir, no desde el control, sino desde la humildad y la confianza.

El Domingo de la Divina Misericordia nos recuerda que ninguna situación está fuera del alcance de Dios. El mismo Jesús, que entró en una habitación cerrada, llega a los lugares de nuestra vida que nos parecían obstruidos o sin resolver. Trae paz, ofrece misericordia y llama a tener confianza. Mientras continuamos en este camino, no estamos solos. Caminamos con Aquel que restaura la esperanza de formas que no podríamos haber imaginado.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos te has dado cuenta de que intentas controlar o arreglar una situación que está fuera de tu alcance?
- Ahora mismo ¿cómo entiendes el confiar a Dios la vida de tu ser querido?
- ¿Cómo te ha ayudado tu experiencia para crecer en compasión o apoyo hacia los demás?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:42-47

SAL. RESP. Salmo 118:2-4, 13-15, 22-24

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:3-9

EVANGELIO Juan 20:19-31